

Los Libros

CORICANCHA - EL JARDÍN DE ORO, por A. F. Tschiffely. Londres, editada por Hodder y Stoughton, 1943

«Coricancha» será leído por viejos y jóvenes con el mismo interés y con considerable placer. No es una novela, ni es un estudio histórico: es una relación sencilla de la conquista del Perú, desprovista de adornos y comentarios.

Tschiffely ha obtenido los materiales para su obra consultando las obras de escritores e historiadores como Herrera, Zárate, Gomara, Montecinos, Garcilaso de la Vega, Sarmiento, Quintana y muchos otros, y ha relatado la historia en forma sincera, sin preocuparse demasiado del estilo literario y evitando las divagaciones filosóficas. En realidad, la historia de la conquista del Perú no requiere tales adornos para cautivar al lector, y el señor Tschiffely ha hecho bien en dejar que su historia hable por sí, sin dorarla.

La historia relatada en «Coricancha» nada añade a la historia de ese período. ni pretende Tschiffely moralizar o hacer un psico análisis de los principales actores en este drama único; pues seguramente sus acciones hablan por sí mismas.

¿Hubo alguna vez en el mundo, antes o después, una aventura como la de Pizarro en el Perú? Cuán arrojado aparece Pizarro en ella! Este humilde hijo ilegítimo, a quien se le negó el ser arrullado en una cuna como los demás y la enseñanza que permite a un hombre elevarse al nivel normal de sus com-

patriotas, llegó, sin embargo, a revelarse como un aventurero por excelencia, soldado, estadista y descubridor de tierras.

El mundo era un lugar duro para vivir en esos días, y los duros golpes eran dados y recibidos, en una forma que hoy nos parecería (antes del estallido de los métodos modernos nazis) lleno de crueldad y penosamente notable por una completa desconsideración del valor de la vida humana. Se aplicaban torturas y éstas eran soportadas, y la «sobrevivencia del más apto» tenía un significado más profundo en ese período en que cada hombre literalmente llevaba la vida en sus manos.

El hecho de que un libro como el «Jardín de Oro» aparezca durante el actual período de la guerra más grande de la historia de la humanidad, en que las naciones están ligadas para resistir a la agresión, y el yugo del opresor nazi, o pseudo Conquistador, se hace sentir fuertemente sobre Europa, estimula al lector a la reflexión y a hacer comparaciones.

La estabilidad del Imperio de los Incas estaba seriamente desequilibrada en la época de la llegada de Pizarro. Existían movimientos disolventes, y el arrojo de los conquistadores, unido a su astucia y su crueldad, y ayudados por la proeza militar superior y el equipo de guerra y la estrategia absolutamente nuevos, permitieron dominar y destruir el poderío organizado de los Incas, casi con la misma facilidad con que el Huno derribó la organización política y militar de la nación francesa en la actual guerra. Dentro de la natural crueldad de los Conquistadores, en una edad de crueldad, sobresale, sin embargo, un claro espíritu de constructividad, como también de cierta indulgencia, tolerancia si se quiere, que ofrece un marcado contraste con el libertinaje del huno moderno, sus placeres sádicos y su intolerancia racial.

Tschiffely no se ocupa de los tiempos modernos, naturalmente, pero no se puede hacer un examen del pasado, ni investigar una fase de la actividad humana sin que casi involuntariamente domine al lector el pensamiento paralelo sobre la

actual destrucción de la civilización por el huno moderno, quien pensó reemplazar el espíritu indomable del conquistador mediante la técnica de la agresión contra sus vecinos confiados y, por cierto desprevenidos, añadiendo un maquiavelismo político en su peor fase, a un cuidadosamente estudiado plan de sadismo y de destrucción.

Los Conquistadores abrieron el Nuevo Mundo y dieron a su civilización «vacas, cabras, cerdos, trigo, avena, cebada, naranjas, limones, uvas, higos, melones, peras, bananas, damascos, membrillos, nueces, cerezas, almendras, caña de azúcar, lechugas, espinacas, frejoles, lentejas, arroz, lino, trébol, rosas, claveles y numerosas otras flores, plantas oleaginosas y árboles».

Ellos codiciaban, por cierto, el oro y saquearon todo ese metal que pudieron encontrar; los Incas, en todo caso, no tenían otro uso para éste que en ornamentaciones y adornos.

Los Conquistadores fueron intolerantes respecto de los credos religiosos, aunque no del todo, pero no así de los seres humanos y de diferencias raciales, y repetidas veces pusieron en vigencia leyes preparadas para aliviar la condición del nativo, y para impedir su esclavitud, demostrando así un espíritu, aun en el siglo XVI, infinitamente superior a la «raza maestra» nazi, en su tratamiento de las razas no arias, como en moderna concepción de la etnología prefiere llamarlas, y de los pueblos subyugados, víctimas de su momentánea superioridad militar y de su diabólica preparación militar.

Mientras que la conquista del Perú cautiva al lector moderno y atrae cierta admiración, la conquista temporal de Europa por el huno moderno causará siempre repugnancia y desaprobación, aun después que hayan transcurrido cinco siglos.

El «Jardín de Oro» vale la pena leerlo, pues es un libro intensamente interesante, y, dadas las fuentes de información que han servido como fondo de la obra, y la evidente compe-

tencia y honradez del autor, puede ser recomendado como una historia simplificada de esos agitados tiempos.—I. BERKWOOD HOBSBAWN.



POEMAS, por *Amado Nervo*. Editorial Espasa. Calpe Argentina. S. A.

En el lapso comprendido entre 1894 y 1901, vale decir en los siete años que encarnaron la marea que condujo las últimas aguas del siglo XIX, escribió Amado Nervo, estos poemas.

En aquel entonces, el Simbolismo ya había cerrado su ciclo y en lo que concierne a la poesía hispana, sólo Campoamor y José Zorrilla, lograron dejar una estatua aparte.

En América, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Julián del Casal, Rubén Darío, y si hurgamos con ojos retrospectivos, José Asunción Silva, laboran en aquella misma época tan difícil de precisar en un mapa espiritual.

La escuela naturalista de Zola, ejerció una influencia muy pequeña en la poesía sudamericana, con la sola excepción de la obra de Carlos Pezoa Véliz, de tan cimera valía y escaso volumen, en lo que concierne al número de composiciones escritas, debido a la prematura muerte de este creador, el año 1908.

Amado Nervo, sin voz muy definida, que participa de la multiplicidad de este caleidoscopio finesecular, aparece, en el libro que ahora comentamos, con muchos de los elementos que con el tiempo van a ser ya definitivos en su grande y simultáneamente pequeña arte poética.

Las únicas concesiones al naturalismo en este volumen, son los hermosos sonetos intitulados «Andrógino» y «Después». En el primero de ellos, exclama: